

Polo pudieron identificarse en la cartografía de las «rutas de la seda» que iban desde Venecia hasta el Lejano Oriente¹¹.

Sin embargo, aunque hoy sea evidente que Marco Polo «imaginó» menos de lo que creyeron sus contemporáneos, no todas las ciudades y territorios descritos en el *Libro* fueron «vistos» por el narrador, ni los testimonios provenían de personas «dignas de ser creídas».

De lo maravilloso real a lo real maravilloso

Marco Polo recogió —entre otras leyendas que circulaban en su época— la de las tierras pobladas por seres monstruosos con cabeza humana, piernas de buey y cara de perro situadas en el borde del Océano Ártico, en ese país de nieves eternas donde hace tanto frío que el sol ni se atreve a salir durante seis meses del año y donde hay un gran agujero en la tierra por el que se escapan todos los vientos. En esas tierras, donde no hay ni ciudades ni ciudadelas, reinaba Khan Kantchi, de la misma familia de Gengis Kan.

Apoyándose en la geografía mítica inspirada en la *Biblia*, visión que ignoró o destruyó los conocimientos clásicos sobre las tierras del Cercano, Medio y Lejano oriente, Marco Polo localizó el «ombligo de la tierra» en Jerusalén, no lejos de la entrada del Infierno, de los cuatro ríos del Paraíso y de la lejana tierra de Magog, donde reinaba Gog y de donde deberían salir sus habitantes al aproximarse los días del Apocalipsis.

Marco Polo se refiere también a los «sueños» de Nabucodonosor, al sepulcro de Santo Tomás Apóstol, al mítico, «árbol sólo-árbol solo», tal como se evoca en el Libro de Daniel de la *Biblia*, a la leyenda del Viejo de la Montaña y cita el mito del reino del Preste Juan, ese rey descendiente de uno de los reyes magos que habría derrotado a los persas y fundado una verdadera dinastía con su nombre. Al recordar el mito, Marco Polo se pregunta, haciéndose eco de otra leyenda, si Gengis Kan no ha destruido el reino al haberle rehusado el Preste Juan la mano de su hija. Pese a esta versión, el reino del Preste Juan se siguió buscando hasta mediados del siglo XIX.

Las «maravillas» del Oriente, pobladas por seres entre monstruosos y alegóricos, representativos de verdaderos «prodigios morales»¹², que se habían recopilado desde la época de las Cruzadas en países legendarios como Etiopía, la India y el norte de Asia, fueron recogidas y completadas por Marco Polo, mientras que los prototipos de la Antigüedad clásica, desde Herodoto a las representaciones cartográficas medievales, fueron extrapolados con los relatos de *Simbad el Marino* y de *Las mil y una noches*. Entre otras, las islas «macho» y «hembra» del sur de Arabia,

¹¹ «Las rutas de la seda» han sido objeto de múltiples y recientes estudios, especialmente por parte de la UNESCO. Como iniciación al tema, Marco Polo et la route de la soie de Jean-Pierre Drègue (París, Découvertes Gallimard, 1989) es un excelente brevariario, especialmente por los anexos documentales sobre las «maravillas» repertoriadas por Marco Polo.

¹² *L'Orient fabuleux de Rudolf Wittkower*, London, Thames & Hudson. 1991; p. 44. Wittkower subraya la intensa condición alegórica de los monstruos en el imaginario medieval, figuras identificadas en la erudición enciclopédica religiosa con categorías morales: los pigmeos con la modestia, los gigantes con el orgullo, los cinocéfalos con la discordia, los seres de labio inferior cubierto, con la maldad.

donde la mitología tradicional localizaba la leyenda de las Amazonas, página del *Libro de las Maravillas* que, Cristóbal Colón, atento lector de Marco Polo¹³, creyó revivir en América.

Sin inscribirse en el milenarismo visionario del franciscano Juan de Piano Carpin y la esperanzada visión de convertir al catolicismo al gran Kan de los mongoles, Marco Polo localiza en sus viajes las tierras de estas leyendas, forjando la que sería la cartografía oriental del imaginario europeo durante varios siglos. En *Storia letteraria delle scoperte geografiche* y en *I precursori di Marco Polo*, Leonardo Olschki ha demostrado de manera convincente cómo las ideas que, en la época, Europa se hacía del Oriente, determinaron la estructura y el carácter de la obra del veneciano, donde la visión de lo maravilloso percibido como real dio el paso definitivo a lo real percibido como maravilloso.

Marco Polo repite algunas de las leyendas del *Libro de Alejandro* y localiza las «puertas de hierro» que separan el Próximo del Medio Oriente en las orillas del mar Caspio, «puertas del mar» como la llamaban los georgianos o «puertas de Albania» de las que hablaban los romanos para trazar el límite entre el mundo conocido y el desconocido. Esta división del mundo de la época que su viaje debía integrar llevó a Marco Polo a elegir el título *Le devisement du monde*, con que Rustichello de Pisa, en el francés antiguo de la época la escribió¹⁴.

II. Las ciudades invisibles como espacio plural y afacetado del mundo

Italo Calvino recupera en *Las ciudades invisibles* esta dimensión imaginaria e «increíble» del libro de Marco Polo, como parte de una estrategia narrativa muy «borgiana»: fingir que el libro que escribe ya está escrito por un autor de otra época, libro que prolonga en un texto contemporáneo. En el tránsito imperceptible del viaje del texto original, viaje cierto pero no «creído», hacia el texto de ficción contemporáneo, la fuerza del imaginario surge de la propia tradición mítica que encarna y poetiza: la descripción de países legendarios que tienen un intenso poder evocador en el subconsciente colectivo.

Calvino, autor de una monumental edición de *Fiabe Italiane* (1956), ha señalado en diversas oportunidades la importancia de las tradiciones y cuentos populares como matriz novelesca.

La impronta de las fábulas más remotas: (...) el caballero que debe superar encuentros con fieras y encantamientos, sigue siendo el esquema insustituible de

¹³ Ver El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón de Rodrigo de Santaella. Edición de Juan Gil, Madrid, Alianza, 1987.

¹⁴ La *devisement du monde* es el título original de la obra escrita en francés antiguo por Rustichello de Pisa. Con este título ha sido reeditada en francés por *La Découverte/Maspero*, París, 1983 (2 vol.).

todas las historias humanas, sigue constituyendo el plan de las grandes novelas ejemplares, en las cuales una personalidad moral se realiza moviéndose en una naturaleza o en una sociedad despiadadas¹⁵.

En esos relatos, el objeto de la búsqueda se encuentra siempre en «otro» reino «diferente» que «puede estar situado muy lejos, en línea horizontal, o a gran altura o profundidad en sentido vertical»¹⁶. El viaje iniciático sorteando obstáculos constituye la función del «traslado del héroe» que Vladimir Propp, en *Morfología del cuento*, consideró una de las «funciones» características del cuento popular. Según Calvino éste, tanto como los relatos de aventuras, procuran al escritor una «energía interior» que asegura el «recorrido fulmíneo de los circuitos mentales que capturan y vinculan puntos alejados en el espacio y en el tiempo»¹⁷.

Una «captura» que puede permitir que el juego autónomo de las imágenes visuales del relato nazca de un enunciado conceptual, referente que explica el origen de los relatos de *Cosmicómicas*.

Incluso al leer el libro científico más técnico o el libro de filosofía más abstracto se puede encontrar una frase que inesperadamente sirva de estímulo a la fantasía figurativa. Nos hallamos, pues con uno de esos casos en los que la imagen está determinada por un texto escrito preexistente (...) y que puede dar lugar a un desarrollo fantástico, tanto dentro del espíritu del texto de partida como en una dirección totalmente autónoma¹⁸.

Si una lectura del texto de Marco Polo puede inscribirse sin problema en esta dirección, Calvino lo hace para ceñirla aún mejor a las composiciones cortas, con un desarrollo narrativo reducido, «entre el apólogo y el *petit-poème-en prose*»¹⁹, que elige como modalidad expresiva de *Las ciudades invisibles*:

En esta predilección por las formas breves no hago sino seguir la verdadera vocación de la literatura italiana, pobre en novelistas pero siempre rica en poetas, que cuando escriben en prosa dan lo mejor de sí mismos en textos en los que el máximo de invención y de pensamiento está contenido en pocas páginas, como ese libro sin igual en otras literaturas que son los *Diálogos (Operette morali)* de Leopardi²⁰.

Calvino concreta su propuesta estética afirmando que «en los tiempos cada vez más congestionados que nos aguardan, la necesidad de literatura deberá apuntar a la máxima concentración de la poesía y del pensamiento», donde la «exactitud» de la obra se traduzca en «un diseño bien definido y bien calculado»; la evocación de imágenes sea nítida, incisiva y memorable y el lenguaje sea preciso como léxico y como expresión de los matices del pensamiento y de la imaginación. Para ello hace suya la definición de Paul Valéry de la poesía como «una tensión hacia la exactitud».

¹⁵ En la revista *Paragone*, junio 1955, fragmento citado por Esther Benítez en la introducción a *El vizconde demediado*, Barcelona, Bru-guera, 1979, p. 8.

¹⁶ Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1990; p. 39

¹⁷ *Idem*; p. 61.

¹⁸ *Ibidem*, p. 105.

¹⁹ *Ibidem*, p. 62 y 64.

²⁰ *Ibidem*. 64.

Calvino considera, por otra parte, que la ficción contemporánea tiene vocación enciclopédica, como método de conocimiento, como red de conexión entre los hechos, las personas y las cosas del mundo, pero de enciclopedia «abierta», pese a la oposición que el sustantivo enciclopedia y el adjetivo abierta parecen tener entre sí. Por ello, *Las ciudades invisibles* se propone como parte de una aventura que sólo los poetas y escritores pueden llevar a cabo: las nuevas empresas que ningún otro osa imaginar, donde se entretujan «los diversos saberes y los diversos códigos en una visión plural, afacetada del mundo»²¹.

Una visión plural y afacetada del mundo que surge no sólo de las ciudades que Marco Polo describe a Kublai Kan en *El Libro de las Maravillas*, sino de la historia mongol y china del período, que sirve de magnífico pretexto a Calvino para urdir, a través de los diálogos de su obra, una verdadera complicidad entre el Emperador y el veneciano.

Porque Marco Polo fue, antes que nada, un empírico que «sabía contar muchas cosas nuevas y extrañas»²². A poco de llegar a la corte del Gran Señor —se dice en el *Libro de las Maravillas*— ya sabía varias lenguas y cuatro escrituras y letras, «de tal suerte que podía leer y escribir muy bien en esos lenguajes». Aprendió «las costumbres y los usos de los tártaros, su lenguaje, sus letras, y tan bien que era maravilla». Era sabio y prudente «más allá de toda ponderación y el Gran Kaán le quería más que a cualquier otro por el buen natural que él veía y por su gran valor». En el curso de sus viajes siempre «estuvo muy atento a las novedades y a todas las cosas extrañas que podía saber o ver, a fin de poder repetir las al Gran Kaán»²³, quién lo escuchaba con «más curiosidad y atención que a ningún otro de sus mensajeros o exploradores»²⁴, tal como precisa el *Libro de las Maravillas*.

Ciudades del deseo y de la memoria

Es interesante anotar que Marco Polo no fue el único extranjero en la corte del Gran Kan. Al no disponer de suficientes cuadros administrativos mongoles y al desconfiar de los chinos por estar sometidos como vasallos, el Emperador integró su corte con gentes de diversos orígenes. Tenía árabes y persas como asesores, sarracenos en sus fuerzas armadas, astrólogos, astrónomos, artistas, saltimbanquis, pintores, músicos y bailarines de otros países asiáticos y europeos, y un médico de cabecera italiano, el doctor Essia. Para divertirse organizaba polémicas teológicas entre judíos, musulmanes y cristianos y, al parecer, se reía complacido, otorgando premios a los ganadores. Entre los extranjeros, Marco Polo ocupaba una

²¹ Ibidem, p. 127.

²² Ibidem, p. 34

²³ Libro de las Maravillas, o.c. p. 33

²⁴ Idem, p. 15.